



Promoción Bíblica de los Seglares

Hermenegildo de la Campa, S. I.

siste en apartar a los fieles de los sacramentos, en concreto de la Eucaristía, so color de reverencia a la Majestad Divina. Nadie puede comulgar. No es correcto que comulgue un comerciante inmerso en el tráfico mercantil. Los casados, por sus relaciones matrimoniales, se incapacitan para la santidad requerida al comulgante. Eucaristía y uso del matrimonio se repelen mutuamente (1). Diríamos que, por lo menos, a religiosas entregadas a vida contemplativa y observancia regular les será concedido que se acerquen al Banquete de los Santos. Todo lo contrario, a estas almas se les exige un grado tal de santidad, por razón de su estado, que de ninguna manera serán dignas de tan angélico sacramento. En conclusión: todos, a comulgar a lo más una vez al año.

Esta es la información que nos da cualquier manual de Historia eclesiástica. Pero, ¿es eso todo? Nos han infor-

A L empezar a tratar el tema bíblico deberíamos entonar una elegía.

Se ha hablado de un jansenismo bíblico. Si cogemos un manual de Historia eclesiástica, nos informamos exactamente de lo que fue el jansenismo: una herejía que proliferó en el siglo XVII y cuyo punto neurálgico con-

(1) Cf. para una época anterior a la del jansenismo, lo que se lee en las *Obras espirituales* del B. JUAN DE AVILA, tomo I. (Edic. del Apostolado de la Prensa) p. 421.

mado bien, pero pensamos que el jansenismo del XVII, con su enfoque fundamentalmente eucarístico, es un caso histórico de un fenómeno más profundo y que podríamos llamar jansenismo eterno. Este tiene distintas encarnaciones históricas, una de las cuales y quizá la más resonante fue la doctrina del *Augustinus*. El jansenismo eterno es huir de lo divino por desorbitar la reverencia. El Amor Eterno se aproxima al hombre, encarna; el jansenista se retrae de Dios.

Quizá no haya habido después del jansenismo eucarístico otro de más volumen y virulencia que el jansenismo bíblico. Llamemos así a ese retraimiento de la Biblia en que han caído las masas cristianas. La Biblia no se lee entre ellas, se ignora. DOM CHARLIER se ha atrevido a escribir:

“Hay que reconocer la extensión del mal: todo lo que saben de la Biblia la gran mayoría de los católicos actuales se reduce a lo que recuerdan de las dos o tres preguntas y respuestas —muy cortas y un poco sibilinas— que se contenían en su catecismo. Jamás vieron una Biblia completa, y pocas veces un Nuevo Testamento. Si están algo más familiarizados con los Evangelios, es a menudo en forma de “Los cuatro Evangelios resumidos en uno”, o bajo títulos similares...

“¿Qué resultado cabe esperar?..... Probablemente no hay un cura entre ciento, una religiosa entre mil que hayan leído, una sola vez, toda la Biblia... En cuanto al fiel, su libro fundamental de formación cristiana no es la Palabra de Dios inspirada, no es ni tan siquiera un misal, es la *Imitación de Cristo*, lujosamente encuadernada e ilustrada en estilo Saint-Sulpice, que le regalaron el día de su primera comunión. El libro es admirable, ciertamente, pero ¿qué palabra humana puede compararse con la Palabra, divina y vivificante, de Dios?...” (2).

(2) *La lectura cristiana de la Biblia*, p. 4 y 5.

Una *lamentatio*, cual la de Jeremías, podríamos entonar hoy sobre los muros derruidos de nuestro inconsistente espíritu bíblico. El mal es antiguo: cuando el siglo XIII y con la decadencia de la Liturgia, la Biblia empieza a ser considerada como extraña, libro cerrado, un arcano, algo reservado a los “iniciados”.

Dinámica de la Biblia

Existe un paralelismo entre Eucaristía y Biblia sobre el que tendremos que ir insistiendo, y así como reparamos a Jesucristo abandonado en tantos sagrarios, podríamos también desagraviar la Palabra de Dios en la Biblia tan poco conocida, por tan pocos frecuentada.

Por eso el Espíritu Santo, que superó el jansenismo eucarístico, herido de muerte cuando Pío X abrió los sagrarios a todos los cristianos de buena voluntad, está también ahora actuando en la Iglesia. Creemos que estamos hoy en los comienzos de una auténtica *primavera bíblica*. Como otras veces, de Alemania y Francia nos llegan auras de renovación y nuestra conciencia bíblica, nunca del todo dormida, se despierta como la Esposa del Cantar de los Cantares a la insistencia del cariño de su Esposo. Un nuevo don siempre antiguo y siempre nuevo, la Biblia, va a sellar la unión esponsal de Cristo con su Iglesia.

Si con Jeremías entonábamos lamentaciones, por el olvido en que ha caído la Biblia, Isaías nos evoca el diálogo de los edomitas con el centinela: “Una voz grita desde Seir: Centinela, ¿qué hora es de noche? Centinela, ¿qué hora es de noche? Responde el centinela: Amanece”. (Is 21, 11-12). Verdaderamente en el mundo católico, y también en España, bíblicamente amanece.

Parece que empieza a superarse este enrarecido aire de sucedáneos en que vivimos. Nos ha tocado existir en unas momentos en que es preciso repetir el fonema, por ejemplo, café, café, para que conserve su primitivo semantema.

En contra de ello un talante de más autenticidad irrumpe en la escena. En la vida cristiana nos está pasando lo mismo: queremos ir a las fuentes de la Revelación y de nuestra vida religiosa. Todos los comprimidos y jaleas de la literatura ascética y religiosa, a veces muy meritorios por otros respectos, no llegan a la plena satisfacción después que Dios ha dado su Palabra, su Libro a la Iglesia. ¿Qué escrito humano puede hacer la competencia al Libro de Dios?

La inquietud, el desasosiego por el olvido de las Sagradas Escrituras, es ya un síntoma de rejuvenecimiento bíblico.

“Si un Instituto Gallup cualquiera hiciese a cada cristiano esta pregunta: “¿Quién debe leer la Biblia?”, sería posible medir, a base de las respuestas dadas, el grado de ignorancia o de indiferencia en que han caído las masas en lo que respecta a la Palabra de Dios” (3).

Hemos querido sondear la conciencia bíblica de nuestra patria y estamos en ello. Estamos empezando, pero ya hemos realizado unas encuestas. Una de ellas fue redactada en los siguientes términos:

Encuesta bíblica

Realizada por FE CATOLICA de Barcelona, para sondear la postura ante la Biblia, principalmente, de los universitarios.

(Ten la amabilidad de responder a las preguntas formuladas y tachar lo que no proceda).

- 1.º ¿Tienes Biblia en tu casa? SI/NO.
- 2.º ¿Por lo menos, o además, tienes los Evangelios o el Nuevo Testamento? SI/NO.
- 3.º ¿Has leído la Biblia completa? SI/NO.
- 4.º ¿Has leído algún libro del Antiguo Testamento? SI/NO. ¿Cuáles?

(3) o. c., p. 4.

- 5.º ¿Has leído algún libro del Nuevo Testamento? SI/NO. ¿Cuáles?
- 6.º ¿Crees necesario que un católico fundamente su fe en la Biblia? SI/NO. ¿Lo haces realmente? SI/NO.
- 7.º ¿Utilizas la Biblia como libro de lectura espiritual, puntos de meditación, etc.? SI/NO.
- 8.º ¿Tienes el llamado complejo de inferioridad de los católicos ante la Biblia? SI/NO.
- 9.º ¿Crees que puedes dialogar con un protestante sobre temas relacionados con la Sagrada Escritura? SI/NO.
- 10.º ¿Posees ideas claras sobre conceptos bíblicos básicos como: lenguas originales, autor principal, inspiración, inerrancia, criterios de interpretación, etc.? SI/NO.
- 11.º ¿Desearías realizar algún curso bíblico por correspondencia? SI/NO.
- 12.º ¿Te interesaría participar en reuniones o círculos donde se explicase y leyese la Biblia? SI/NO.
- 13.º ¿Tienes alguna iniciativa que comunicar para fomentar el conocimiento de la Biblia? SI/NO. ¿Cuáles?
- 14.º ¿Qué carrera cursas o has cursado? ¿Curso?

Esta encuesta contestada puedes devolverla al que te la entregó, o remitirla a FE CATOLICA, Rosellón, 223, Barcelona.—Gracias.

Pretendíamos con la encuesta una doble finalidad: una, naturalmente, detectiva y la otra estimulante. Las dos funciones se lograron. Un comentario y balance de la encuesta ha sido ya realizado, y aquí nos llevaría muy lejos (4). Sólo diremos que los que respondieron a la encuesta reconocen que en ella encontraron un clarinazo para su conciencia bíblica adormecida y un examen

(4) EDUARDO MILLAN, *Comentarios a una encuesta bíblica*. Estrella del Mar, edición Ancora, mayo 1959, p. 48.

práctico de lo que se puede hacer en este respecto. Lo más llamativo de los datos numéricos es lo siguiente: el 28 por 100 no tiene Biblia en su casa y de éstos el 28 % (el 7'8 % del total) ni los Evangelios. El 57 % no ha leído nada del A. T. y el resto ha leído algún libro (31 %) o fragmentos (12 %). Un 20,6 % no ha leído nada de la Biblia. Es notable que sean bastantes, el 39 %, los que deseen realizar algún cursillo bíblico por correspondencia, y sean aún más los que tengan interés en asistir a reuniones o círculos donde se explique o lea la Biblia.

Conste claramente que aunque la encuesta iba dirigida a universitarios en general, en la distribución de los ejemplares y, sobre todo, en las respuestas ha habido de hecho un porcentaje muy elevado de católicos militantes y vinculados a alguna obra apostólica (el 65 %). Al enfocar bíblicamente al universitario "masa", habría que corregir intensamente las cifras.

Creemos que el movimiento bíblico en España está en marcha. Esperamos que la Encíclica *Divino afflante Spiritu* sea punto de partida para la lectura de la Biblia, como el Decreto de Pío X lo fue para la comunión diaria. Sólo nos queda sembrar el optimismo y nuestra fe en el remozamiento perenne de la Iglesia, entusiasmarnos con la Biblia y gritar su mensaje. Ella ha de ser la mejor manera de rejuvenecernos. Zambullidos en el mensaje bíblico sabremos presentar al mundo actual el entusiasmo por nuestro cristianismo. Superemos el "tortuguismo" tuciorista de los cautos —antípoda del *cursum consummavi* paulino— y presentemos con coraje una exuberante primavera bíblica.

Está sucediendo en cuanto a la lectura de la Biblia y de otros escritos religiosos, infelices o afortunados según el caso, lo mismo que con el arte sacro. Hay un afán *reflejo* de cristianismo esencial y operante. Este sentido reflejo, reacción contra el churriguerismo religioso que nos rodea, es quizá nota distintiva de *nuestro tiempo*.

Teología de la Biblia

Pero el entusiasmo bíblico no puede ser una *retórica*. Si tenemos fe en la Biblia leída por el pueblo cristiano, es porque la Biblia merece esa lectura. Sabemos lo que la Biblia significa para los cristianos; Dios ha hablado sobre la Biblia y la mejor apología que podemos aducir pro Biblia son las ideas del mismo Dios.

El pensamiento nuclear que Dios nos ha revelado es que El es el autor, que la Biblia ha sido inspirada por el Espíritu Santo. Estas fórmulas son equivalentes: Dios, autor; Espíritu Santo, inspirador; aunque la primera subraya más la intervención de Dios y la segunda la conducción divina del autor humano.

La Biblia es el libro de Dios, lo que ha tenido a bien comunicar a los hombres. Hoy muchos personajes escriben sus memorias. Dios ha tiempo que escribió las suyas. El Apocalipsis ha sido llamado las Memorias de Dios, afirmación que puede extenderse con justicia a todos los escritos inspirados.

Si Dios es el autor de la Biblia, las consecuencias fluyen. En primer lugar podemos preguntarnos ¿qué ha pretendido Dios con la Sagrada Escritura? La misma Biblia nos lo dice: ha querido nuestra propia formación religiosa, para que siguiendo sus enseñanzas vivamos la vida divina, aquí en germen y allá en plenitud.

"Pues toda la Escritura está divinamente inspirada, y es útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena" (2 Tim 3, 16-17). Estas palabras de San Pablo dan a entender claramente que el designio de Dios al dar las Escrituras a la Iglesia fue el perfeccionamiento del hombre de Dios. Para que nosotros podamos *"ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto"*, debemos estudiar a Jesucristo, que es, según la excelente expresión de San Juan, *"la manifestación"* del Padre (1,18).

Las oraciones y las buenas obras sin la conveniente dirección de nuestro esfuerzo espiritual que resulta del estudio atento de nuestro Señor (cada uno según su capacidad), serán estériles o ineficaces. La adecuada dirección de nuestro esfuerzo espiritual sólo puede ser resultado de que nuestra inteligencia se nutra continuamente, incluso hasta la saturación, de la enseñanza y atmósfera de los Sagrados Escritos" (5). Si Dios es el autor, la Biblia goza de prerrogativas divinas. Sea la primera su inerrancia. Dios se ha comprometido en la Biblia y sale garante de lo que el autor humano, inspirado por El, escribe. Pero la infinita veracidad de Dios se *encarna* en una veracidad humana y ya tenemos el misterio: la Palabra de Dios participando del valor absoluto y relativo de la verdad humana.

La Biblia está llena de afirmaciones disconformes con la realidad en sí misma. Lo mismo que nuestro lenguaje ordinario. Es S. Agustín el que nos da la clave para interpretar la inerrancia bíblica. No hay error en la Biblia porque los autores inspirados no tuvieron ni la obligación, ni la pretensión de expresarse en fórmulas metafísicamente exactas. Expusieron su pensamiento conforme al modo de hablar y con una expresión encarnada en la circunstancia humana de la época.

Pero el dogma más fundamental de la Teología de la Biblia es el derecho y el encargo que tiene la Iglesia de juzgar el verdadero sentido y la interpretación de las Sagradas Escrituras. Los Concilios Tridentino y Vaticano han ido aclarando y defendiendo esta verdad básica, manzana de discordia con los protestantes. Biblia y Eucaristía son los tesoros más delicados que custodia la Iglesia. Con amor y cautela procura defenderlos de profanaciones y entregarlos a sus hijos como alimento maternalmente preparado.

(5) WILLIAM LEONARD y BERNARD ORGHARD, *La Biblia en la Historia de la Iglesia*, en *Verbum Dei, Comentario a la Sagrada Escritura*. Barcelona, 1956, t. I, p. 7.

Física de la Biblia

La Biblia es más que un libro divino, es además un libro perfecta y estrictamente humano. En la Biblia se repite, y a su modo, el misterio de la Encarnación de lo divino. Si Cristo es, en frase de los Santos Padres: *perfecto Dios y perfecto hombre*, la Biblia reproduce análogamente la unión hipostática de un libro de Dios que tiene su perfil humano. Si Cristo se hizo el hombre de una nación, de una aldea, de un dialecto, la Biblia ha *encarnado* en la Historia y tiene sus lenguas, sus géneros literarios, su poesía y sus prosaísmos: en la Biblia, y precisamente porque es también un libro humano, encontramos desde el lirismo del Cantar de los Cantares hasta la sequedad del Levítico y desde la campesina ingenuidad encantadora de Rut hasta la estilización del autor de las Crónicas.

En toda la Biblia hay un hálito de divinidad, es el Espíritu que la anima. Dios está presente por su Palabra en un libro. Pero al mismo tiempo la Sagrada Escritura es un libro humano, una biblioteca, que ha tenido su genética, su biología; una biblioteca que no es ciencia, que en parte es historia, en parte poesía, en parte docencia. La Biblia es humana: ha sido escrita en tres lenguas: hebreo, arameo, griego. Ha sido por tanto escrita lentamente, durante muchas centurias; con la lentitud imperturbable de las formaciones geológicas. La Biblia ha aparecido en un pueblo, manzana de discordia de tantas civilizaciones, y tiene toda la costra humana de los obras históricas.

Nosotros hubiésemos imaginado el Libro de Dios algo más poético, más elegante. El plan de Dios ha sido otro. Como en la circuncisión, como en la misma Comunión Eucarística, Dios ha hecho prosa. Si de nosotros hubiese dependido, el varón del pueblo "santo", escogido, habría sido señalado con una marca esotérica, y la unión con Cristo en la Eucaristía la habríamos planificado no como una simple comida.

Lírica de la Biblia

Hemos llegado, pues, a la conclusión, luminosa y fecunda a la vez, que la Biblia es un libro *teándrico*, divinohumano. En lo humano se podrá discutir si la Sagrada Escritura es una literatura superior a la helénica, a la española, o a la inglesa. Será cuestión de categorías previas y de preferencias subjetivas. Opinamos que el sentimiento, v. gr., de la historia de José o Rut, la sencillez de los primeros capítulos de Lucas o el viril coraje de ciertos párrafos de Pablo no han sido superados en ninguna literatura. Pero, sobre todo, la Biblia se impone cuando damos el puñetazo dogmático sobre la mesa y afirmamos: es el Libro de Dios.

La Biblia no es esa literatura jurídica fría de los Códigos ni esas sentencias, química, filosóficamente puras, de un Quodlibeto, la Biblia nos trae un mensaje divino, pero con el calor inconfundible, con la temperatura normal de una obra íntegramente humana. La Biblia es arte, arte sublime, pero, además, arte cristiano, o sea, un arte que eleva, que trae mensaje de redención. La Biblia es el *opus perfectum* que el hombre con su propio estro no hubiese alcanzado. Por tanto, si el libro es el mejor amigo del hombre, si damos ahora por válidas todas las alabanzas y diti-rambos que de él se hacen en el día consagrado a su culto, tenemos que concluir que el libro más digno de leerse es el que siendo excelente en lo humano tiene origen divino (6).

Apología de la Biblia

Por contraste, la Biblia merecedora de ser loada con el canto siempre nuevo de los que siguen al Cordero, que es digna de poner tenso todo el lirismo de nuestra alma, ha de ser defendida con una prosaica apologética. Contra la lectura de la Biblia se hacen infinitas

objecciones, que podemos reducir a tres palabras: es un rollo, es ininteligible, es peligrosa.

La Biblia no es aburrida en bloque. Con más justicia y exactitud se objetaría que en la biblioteca que es la Sagrada Escritura existen libros que no tienen la buena cualidad de la amenidad. Pero concluir que no tenemos que leer el Libro de Dios porque algunas partes del mismo, y por su carácter también humano, sean plúmbeas, sería, *mutatis mutandis*, desistir de nuestro empeño por ser castos dada la dificultad, que en determinadas etapas de la vida, implica esta virtud. Objeción similar, e igualmente inconsistente, podemos formular a una Misa en latín y con ceremonias hoy, para muchos, totalmente impenetrables y enigmáticas. En la dificultad debemos encontrar el estímulo y si la Sagrada Escritura es la Palabra de Dios, no presentemos su lectura como fácil jalea azucarada, sino como una conquista, como un esfuerzo, como una Raquel a la que hay que ganarse con largos años de prestación personal. Ya hace muchos años que Alexis Carrel nos prevenía contra la tentación de predicar en unas Iglesias medio vacías un cristianismo facilitón.

La Biblia es ininteligible. Más fuerza tendría esta objeción, pero la dificultad que presenta la Biblia es similar a la de cualquier otra literatura desplazada de nuestra área cultural. El libro de Dios está escrito en un lenguaje humano y como humano tiene sus coordenadas geográficas y cronológicas, tiene toda una caprichosa encarnación en la temporalidad. El lenguaje absoluto, metahistórico, metatemporal no existe, fuera del lenguaje matemático de las ciencias. La Biblia viene en el vehículo idiomático de una época, pero es posible llegar a penetrarlo, por lo menos en un grado suficiente para captar las profundidades de lo divino. Si el mensaje bíblico estuviese expresado en las frías fórmulas impersonales de la Escolástica, a la larga, sería mayor su dificultad. La Biblia no siempre expresa, a veces evoca; con el pálpito

(6) Un testimonio poético de amor a la Sagrada Escritura lo tenemos en PAUL CLAUDEL, *Amo la Biblia*. Barcelona, 1956.

cálido de su ropaje nos introduce en lo inefable, en lo ininteligible, en lo abismal de la justicia y misericordia de Dios, en lo misterioso de la Encarnación y de la Trinidad. Entender lo divino siempre será difícil.

¡Pero la Biblia es peligrosa! He ahí la objeción que ha retraído a mayor número de lectores. Esta manera rutinaria de objetar tiene un no sé que disonante: ¿el libro de Dios, peligroso? Podríamos retorcer el argumento y afirmar: lo que es peligroso es no leer la Biblia, ignorarla, desconocer el Mensaje de Cristo, no saber cómo responder a las dudas y preguntas que broten de nuestra propia conciencia y a las que puedan formularnos los no iniciados en la Sagrada Escritura.

Dom Charlier nos presenta la dificultad hasta con gracejo:

“Aun entre los católicos más cultivados, aun entre la clerecía se encuentran embarazosas prevenciones y lamentables errores. Cuántas veces se oyen, todavía, observaciones tales como: “¿Leer la Biblia? ¡Pero si es un libro protestante!”, o bien: “Está prohibido, está en el Índice”. Sin llegar tan lejos, la mayoría se limita a responder: “Pero, ¿para qué? ¿Acaso no sabemos por las enseñanzas de la Iglesia todo lo que debemos creer y todo lo que debemos hacer? La Ley ha sido abolida por el Evangelio. Todo eso ya ha prescrito. La Historia Sagrada, el Catecismo y los sermones son más que suficientes” (7).

Los Santos Padres con su cristianismo primitivo y esencial no tuvieron miedo a la Biblia. Ellos iban a enseñar, a anunciar el Mensaje de Cristo. Ellos fueron testigos de perversas interpretaciones de las Sagradas Escrituras, pero parece que intuyeron el futuro y temieron menos a la herejía; temieron, en cambio, mucho de la ignorancia.

Fue mucho más tarde en la Iglesia cuando surgió el miedo a la Biblia. Hoy existe una frase ya hecha: “El miedo burgués a la muerte”. Nosotros nos atrevemos a acuñar esta otra: “El miedo

tuciorista a la Biblia”. Posteriormente al Concilio de Trento ha proliferado una prevención, un reparo a la Biblia cuya lectura se mira un poco *sinistro oculo*.

Sin meternos a dilucidar el problema, muy interesante pero que nos obligaría a una larga digresión, sólo queremos sugerir, como punto de estudio, si la motivación de este miedo a la Biblia en su raíz consiste en una exacerbación del instituto de conservación en el campo católico.

Jerarquía de la Biblia

Toda primavera bíblica para que sea eficaz y duradera ha de ser equilibrada. No exageremos. La Biblia en la actual economía salvífica tiene su misión, su puesto, pero no lo es *todo*. Si hoy se habla de la superación del moralismo, del canonismo, del asceticismo, considerando todos estos *ismos* como tendencias exclusivistas o enfáticas, no queremos que se pueda hablar pronto de una superación del biblismo. Error lamentable sería una visión *panbíblica* del cristianismo. La Biblia tiene su puesto jerarquizado que nos lo da la Teología y tiene su lugar en la *praxis* cristiana.

¿Es necesaria la lectura de la Biblia para la salvación? Hablamos de una necesidad absoluta del Bautismo *ad salutem*, insistimos en una necesidad moral de la Eucaristía: “*Si no coméis la carne del Hijo del hombre y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*” (Io 6, 53). ¿Podemos afirmar, pues, una lectura necesaria de la Biblia? Escuetamente: no. Si queremos evitar exageraciones, no podemos afirmar más de una conveniencia extraordinaria, pero nunca imponer la necesidad. Los analfabetos también pueden entrar en el Reino de los Cielos. La ciencia necesaria para salvarse se puede adquirir en el templo, en el hogar, en la escuela, sin ninguna necesidad privada de la Biblia. Más aún, la Iglesia, en el transcurso de la Historia, ha prohibido, a veces, la lectura de la Biblia en lengua vulgar entre los seglares.

(7) o. c., p. 5.

Fueron casos de extraordinaria emergencia, por ej., el Sínodo provincial de Toulouse en 1229. Eran momentos de crisis en que había que salvar el *unum necessarium*, la integridad de la fe. Proposiciones extremistas como las de Pasasio Quesnel, que consideraban dañinas esas prohibiciones de la Iglesia, fueron condenadas por Clemente XI en 1713 (8).

Hemos dicho que la Biblia no es todo, ni siquiera toda la fuente de la Revelación. El monobibliismo es una innovación dogmática protestante, la Biblia es cronológica y jerárquicamente posterior a la Tradición Apostólica. Este es el pensamiento de S. Ireneo, el gran Doctor de la Tradición. La primitiva Iglesia nunca concibió Biblia y Tradición como dos depósitos simétricamente situados. Lo más importante de la Tradición pasa a la Biblia, pero ésta no desplaza a aquella. Si no hubiese habido Tradición, no tendríamos la Biblia. Pero la Iglesia, eso que perpetuamos tú y yo, a través de los siglos, ¿qué otra cosa hace sino interpretarnos la Biblia? Otra vez: Biblia en la Tradición presentada por la Iglesia.

(8) DENZINGER, *El Magisterio de la Iglesia*, Barcelona, 1955, núm. 1429. Sobre la necesidad de la lectura de la Biblia puede verse la clara y concisa explicación de LEONARD y ORCHARD en *Verbum Dei*, t. 1, pp 28-30.

La Biblia tiene también su lugar en la vida práctica del creyente, ha de ensamblarse con la Eucaristía, y engarzarse en el marco completo de la vida cristiana. La antemisa no es un pegote al Sacrificio, como pudiera serlo las tres avemarías, aunque vengamos repitiendo que el que llega al Ofertorio de la Misa cumple con el precepto. La antemisa es la comunión con el Verbo iluminador, que nos introduce a la participación con el Verbo vivificante. El paralelismo Biblia-Eucaristía es lo que nos da una escala más exacta de la dimensión bíblica de la Iglesia. La Biblia es analógicamente un sacramento que nos confiere la luz y el pensamiento, como la Eucaristía nos alimenta para la actuación y la acción. Forman juntamente el misterio de fe, el misterio de amor. Biblia y Eucaristía son los dos senos purísimos con que la Iglesia nutre a sus hijos; ellas dos son las arras de la inmortalidad, la prima de salvación, el *pignus vitae aeternae*.

Esta mentalidad bíblica que queremos revivir es la que en el siglo XII a S. Bernardo y en el XVI a S. Juan de la Cruz les impulsa a un comportamiento similar: en el lecho de muerte, robustecidos ya con el Viático eucarístico, piden que les lean el Viático bíblico, en concreto, el Cantar de los Cantares. Están a punto de abandonar el destierro y gustan oír lo que Dios ha revelado sobre la Patria.

